

Obituario.

Leopoldo Chiappo, lector de Dante (Lima, 1924–2010)

Jorge Wiese Rebagliati

Universidad del Pacífico

Borges sostenía que en una novela contemporánea se requerían 500 ó 600 páginas para conocer a alguien, si es que se llegaba a conocerlo; en cambio, a Dante le bastaba un solo momento. En ese momento, el personaje quedaba definido para siempre.

No exagero si digo que la rica humanidad de Leopoldo Chiappo (Lima, 1924–2010) se manifestaba también en un solo momento: el momento en que, frecuentemente ante un auditorio masivo, recitaba y explicaba *La divina comedia*. En una especie de coreografía expresiva, sus manos, su rostro y, muy especialmente, su voz se volvían vehículos del texto de la *Comedia* o del comentario agudo, enterado e imaginativo que Leopoldo le prodigaba y con el que, a la vez, él se revelaba como persona total. Leopoldo Chiappo era, en esos momentos, simultánea o sucesivamente, texto y comentario, lector e intérprete.

El entusiasmo que despertaba por un texto tan exigente como el de Dante en un público interesado, aunque no fuera especialista, era probablemente un reflejo del propio entusiasmo de Chiappo, quien veía en esas sesiones un medio de ejecutar la mejor política, es decir, de educar a los ciudadanos, a los habitantes de la ciudad (de la *civis*, de la *polis*). Esta divulgación, importante como era, constituyó, quizás, la parte más externa de un compromiso existencial más hondo con el texto de la *Comedia* y con su autor.

En efecto, Leopoldo Chiappo era, verdaderamente, un filólogo, un enamorado del *logos*, de la palabra. Y ejercía la filología de la *Comedia* de varias maneras. Francisco Miró Quesada recordó una de ellas en el diario *El Comercio* cuando certificó que Chiappo se sabía *La divina comedia* de memoria y que bastaba que le dijeran el nombre de un personaje, por ejemplo, para que él recitara el verso o los versos donde aparecía. La memoria es una manera de amar. No por casualidad los franceses la ubican en el corazón cuando dicen que un texto entrañable (literalmente) se sabe *par coeur*, de corazón, de memoria.

La otra manera con que Chiappo fue filólogo consistió en la interpretación, el comentario textual. Sus contribuciones –a veces polémicas, siempre finas e imaginativas– están recogidas en los tres tomos de sus *Escenas de la Comedia. Estudios dantianos*, publicados por el Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología y la Universidad Peruana Cayetano Heredia entre 1987 y 1990. Sin desmerecer un esfuerzo tan amplio, minucioso y especializado, personalmente creo que el aporte más original de Chiappo es su libro *Dante y la psicología del infierno* –publicado en 1983 por la Compañía de Seguros Atlas–, una aplicación de las categorías de la psicología fundamental al texto de la *Comedia*.

En este libro, Chiappo deja de lado las categorías totalizadoras de la metafísica y se aplica a encontrar valores psicológicos fundamentales a lo largo de la topografía infernal. En sus propias palabras, se trata de un análisis de la calidad y del nivel de la experiencia humana en función de sus dimensiones existenciales (opresión y libertad, frustración y realización, insignificancia y significación, y varias otras dicotomías).

Muchas veces comenté con Leopoldo acerca de la impropiedad de la expresión «infierno dantesco» aplicada frecuentemente a un incendio mayúsculo. Como señala Chiappo en su libro, la infernización es un proceso que puede reconocerse en la experiencia humana y que está signado, no por la calidez del fuego, sino por la frialdad del hielo. En el infierno de Dante lo más infernal no es el fuego, sino el hielo (Lucifer se encuentra prisionero en el Cocito, un lago helado, y el despliegue inútil e impotente de sus alas solo lo vuelve más prisionero, pues el viento helado vuelve más sólida al agua). Chiappo nos enseña, a partir del texto de Dante, que la infernización es un proceso de petrificación, una frigidización que genera, al final, la clausura de todas las posibilidades de lo humano.

Leopoldo Chiappo sintió el texto de Dante tan suyo que se animó entusiastamente a proponer una adición propia: un terceto que sigue al verso 93 del canto VI del *Infierno* y en el que incluye al general Melgarejo, el tirano boliviano (que representa a todos los tiranos latinoamericanos):

Tra i quali vidi un che mai non resta
piangendo a Bolivia, che ancor rimbomba
guai e martiri della sua podèsta.
(Entre los cuales vi uno que nunca cesa
de llorar a Bolivia, la que todavía repercute
ayes y martirio de su gobierno [poder]).

A mediados de la década de 1980 visitó Lima Vittore Branca, gran estudioso de Boccaccio, y en la conversación que tuvimos con él varios interesados en la literatura medieval (si mal no recuerdo, estaban Leopoldo Chiappo, Mirella Bacchioni, Bruno Bellone, Carlos Gatti y yo) salió a la luz la travesura que Leopoldo había hecho con el texto de Dante. Branca comentó que no conocía de alguien que hubiera intervenido el texto de Dante como Leopoldo lo había hecho. ¿Irreverencia? Ninguna. Con todo lo que Chiappo quería al texto de la *Comedia*, nunca lo consideró un texto sagrado. Se lo apropió, más bien, con la soltura de quien dispone de las cosas de quien se ama. Y, generoso siempre, jamás le regateó a nadie la oportunidad de compartirlo con él.